



Carlos Andrés Barragán

VIRGINIA GUTIÉRREZ DE PINEDA

OBSERVADORA SILENCIOSA,
MAESTRA APASIONADA

Ilustraciones
Cristina Salazar
y Marta Calderón



COLCIENCIAS



COL 00924

CV
Carlos Andrés Barragán

VIRGINIA GUTIÉRREZ DE PINEDA

OBSERVADORA SILENCIOSA,
MAESTRA APASIONADA

Ilustraciones

Cristina Salazar y Marta Calderón



COLCIENCIAS



COLCIENCIAS

Directora: Margarita Garrido de Payán
Subdirector de Programas Estratégicos: Mauricio Nieto Olarte
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial
y diseño general: Carlos Nicolás Hernández Camacho
Tres Culturas Editores Ltda.
Calle 148 No. 13-97
Telefax: 274 39 07

Ilustraciones: Cristina Salazar y Marta Calderón

Montaje de la cubierta:

Fotografía de Virginia Gutiérrez; las acuarelas *Arriero* y *tejedora de Vélez*, *Tejedoras y mercaderes de sombreros nacuma* en *Bucaramanga*. *Tipos blanco, mestizo y zambo*, *Tipo africano y mestizo*, tomadas de *En busca de un país: La comisión Corográfica*, Bogotá Carlos Valencia Editores, 1984; cuadro al óleo *El beso*, de Luis Alberto Acuña; segmento del cuadro al óleo *Horizontes* de Francisco Antonio Cano, y la fotografía de la campesina del fondo, realizada por Mauricio Olaya.

Montaje de la contracubierta:

Fotografía de Virginia Gutiérrez de Pineda en su madurez, tres acuarelas de Joseph Brown, tomadas del libro *Tipos y Costumbres de la Nueva Granada*, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1989; segmento del cuadro al óleo *En el mercado*, de Miguel Días Vargas, y fotografía de Virginia Gutiérrez en compañía de la indígena Cristina.

La fotografía de Virginia, en la portada interior, fue tomada del Suplemento literario del periódico *Vanguardia Liberal*.

Parte del soporte gráfico del presente libro pertenece a los archivos de Roberto Pineda Giraldo, Alicia Dussán de Reichel, el ICANH, Carlos Andrés Barragán y las obras *Historia de la Fotografía en Colombia* y *Tipos y Costumbres de la Nueva Granada*.

Autoedición: Anaelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fotolito Colombia Preprensa Digital Ltda.

Primera edición: diciembre de 2001

ISBN: 958-9096-52-2

© Carlos Andrés Barragán
© Derechos reservados:

Colciencias
Transv. 9A Bis No. 132-28
Tel.: 684 80 00
Fax: 625 17 88
E-mail: info@colciencias.gov.co
<http://www.colciencias.gov.co>
Bogotá, D. C.
Colombia - Suramérica

Impresión: Par Impresores.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

Agradecimientos

Quiero expresar mi más sincero y profundo agradecimiento a Roberto Pineda Giraldo, por su valiosa colaboración, generosidad y decidido apoyo para realizar este relato sobre Virginia, su esposa. El constante apoyo, ejemplo, y motivación que recibí de Virginia y la calurosa amistad a lo largo de estos años con Roberto, han sido invaluableles en mi vida personal y profesional.

También quiero mencionar el valioso aporte de Luis Duque Gómez, compañero de formación de Virginia, quien a pesar de sus difíciles condiciones de salud, generosamente me brindó su tiempo, conocimiento y experiencia como antropólogo a lo largo de 60 años de historia institucional de la Antropología en Colombia.

A Alicia Dussán de Reichel, por su amable interés y generosa colaboración para mi investigación sobre la Historia de la Antropología en Colombia.

A Cecilia Cardinal de Martín, quien compartió con Virginia la valiosa tarea de enseñar los contextos socio-culturales que subyacen a las concepciones de salud y enfermedad y al ejercicio de la medicina.

A Jaime Jaramillo Uribe, por sus impresiones sobre el trabajo intelectual de Virginia y el aporte de éste al desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país.

En Colciencias quiero expresar mi gratitud a Mauricio Nieto y a Julia Patricia Aguirre, quienes con su decidido apoyo, entusiasmo y confianza, me dieron la oportunidad de cumplir la honrosa tarea de escribir sobre la vida y la obra de la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda.

A Carlos Nicolás Hernández, por su paciente labor como editor. Su experiencia y conocimiento fueron fundamentales para la culminación del texto final.

Al Instituto Colombiano de Antropología e Historia, en especial a Margarita Reyes y a Patricia Ramírez, por el interés y colaboración para la utilización del material fotográfico del Archivo del ICANH.

Carlos Andrés Barragán

Contenido

Capítulo 1
*Santander
y las hormigas culonas*

Página 7



Capítulo 2
*Territorios ignotos: tierras de
guajiros, motilones, emberaes,
catíos y noanamaes*

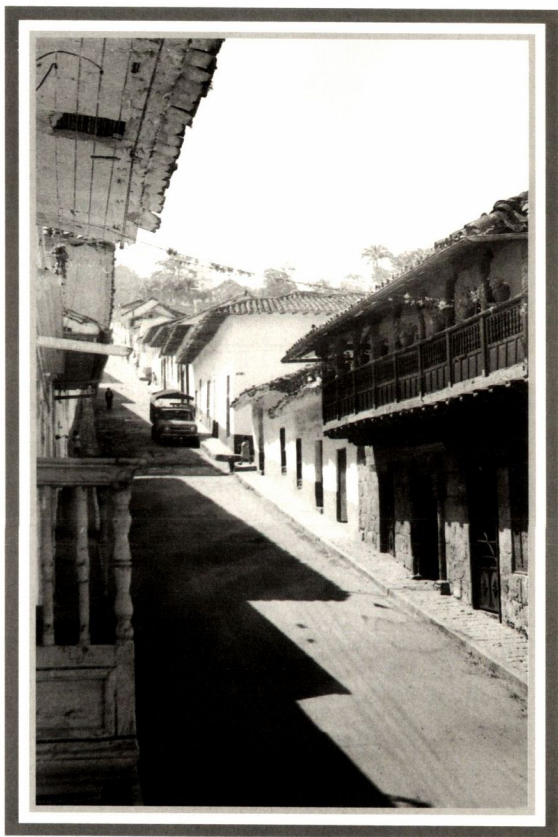
Página 25



Capítulo 3
Por la salud de la mujer y la familia

Página 43





Una de las calles más características del Socorro, Santander
Fotografía: Platarrueda



Capítulo 1

Santander y las hormigas culonas

Al paisaje familiar santandereano, donde el padre es pan, mando y defensa, mientras la madre administra, procrea y da descanso. Al hogar donde él mantiene el ayer y ella ya abrió la puerta de su territorio para ser coprovidente y obicualmente amasar, limpiar y acariciar. Al recinto donde todos despiertan la mañana para cocinar el pan trabajado por todos y juntos decidir su alegría y su destino. A las mujeres que quebrando siglos de invalidez, traen sołas el bocado de sus hijos, los defienden y les crean horizontes. A las parejas que truecan roles para embestir los azares vitales. A sus hombres de honor y a sus mujeres de vergüenza.

Virginia Gutiérrez de Pineda, 1988





Virginia Gutiérrez de Pineda en su época de estudiante de la Escuela Normal Superior en Bogotá



Virginia Gutiérrez de Pineda, en compañía de su madre María de Jesús Cancino de Gutiérrez



Nunca la familia había significado tanto para poder entender la vida de los colombianos, como después de leer el trabajo que heredamos de Virginia Gutiérrez de Pineda, la en-

tregada antropóloga que recorrió en su geografía los hogares colombianos, y navegó en el tiempo por la historia de la familia indígena que habitaba nuestro continente, la familia europea y la familia negra y la historia de su mezcla desde el momento en que hicieron contacto hace poco más de 500 años.

La historia personal de Virginia, o doña Virginia, como respetuosamente y con admiración le decían sus compañeros y alumnos, es de donde surgieron su amor e interés por estudiar la familia, el núcleo de nuestra sociedad, el lugar en donde aprendemos a relacionarnos con la naturaleza, con los demás seres y con nosotros mismos, y en donde comenzamos a sufrir y a disfrutar lo que como seres humanos hemos construido, la sociedad.

Pensar en la familia, la llevó prontamente a observar a la mujer, y a inquirirse a sí misma y al decisivo papel que tiene ésta en la reproducción biológica, por supuesto, y en la transmisión de la cultura. Feminista a su modo, es decir, con la reflexión profunda y con la verdad sin griterías, su vida y su trabajo son el ejemplo más lúcido de lo que la *mujer* colombiana puede ofrecer y conquistar, de su inagotable firmeza y de su entrega. La vida de doña Virginia es el trasegar de una mujer, de una esposa, de una madre, de una antropóloga por el mundo.

Era el año de 1932, Virginia tenía 10 años y sus vivísimos ojos negros dejaban ya ver la fuerza y la inteligencia que proyectarían en su madurez. Para sus padres, Gamaliel y María de Jesús, una pareja de campesinos católicos, Virginia era un tanto ensimismada, siempre en observación tranquila de los acontecimientos, para terminar luego con una aguda pregunta que dejaba sin palabras para contestar al adulto más entendido y perspicaz. Su temperamento, decía doña María, era muy parecido al de Tui, como cariñosamente se referían a la madre de Gamaliel; ella era una mujer fuerte, con una personalidad recia, del todo santandereana, amante del campo y de la naturaleza.

Virginia admiraba a su abuela con devoción, pues fue su confidente en sus largas horas de paseo por los campos y su guía en la lectura de libros de poesía bajo la tranquila sombra de sietecuecos y guayacanes florecidos y de grandes arrayanes. Largas horas dedicaron Virginia y Tui a la prosa de René Chateaubriand y Juan Jacobo Rousseau, a novelas, a libros de historia de Colombia y a la poesía de César Vallejo, Federico García Lorca y Porfirio Barba Jacob. “Me atasqué de lecturas a escondidas”, afirmaba Virginia cuando recordaba su niñez. Todos estos libros eran tomados en secreto, a hurtadillas, de la biblioteca personal de don Gamaliel, pues no eran los temas de los que una niña debería estar enterada: el amor, la filosofía, la política. ¡Los libros eran cosa de grandes! Su temprano amor por la lectura fue el complemento de los estudios básicos que Virginia recibía en la escuela primaria del Socorro y, además, fue el único camino que tuvo para calmar su interés por el conocimiento de lo que el mundo tenía por ofrecer: la historia, el arte, los avances en el campo de la medicina.

La contemplación de la naturaleza fue su otra pasión de la niñez y Santander ofrecía en aquel entonces como ahora, paisajes hermosos en los que Virginia, una niña campesina, fue desarrollando y afinando su capacidad de observación. No era simplemente una mirada desprevenida de su alrededor. ¡No! Era una observación profunda, detallada, seguida inmediatamente de un bombardeo de preguntas constantes, que la llevaban directamente hacia la experimentación. Así fue como, entre otros animales, fijó su atención en el comportamiento de las hor-

migas culonas, dueñas de miles de hormigueros alrededor de la casa de campo en que vivía. Prontamente, Virginia se dio cuenta que las hormigas presentaban un comportamiento organizado, vivían en sociedad y por lo tanto tenían funciones como grupo y como individuos, y también compartían un objetivo en común: la supervivencia. Y para alcanzarlo se habían especializado: había hormigas hembras estériles llamadas obreras y machos y hembras alados que tenían bajo su responsabilidad la reproducción de la especie y la creación de nuevas colonias. Pero todo este conocimiento no surgió de la noche a la mañana. Virginia gastó mucho tiempo observándolas e incluso muchas veces ella colocaba obstáculos que alterarían el desempeño normal de las hormigas, con el propósito de observar sus reacciones. La curiosidad y el asombro por el comportamiento de las hormigas fueron tales en su infancia que, muchos años después, visitando la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos en Washington, conoció a una entomóloga interesada en las hormigas suramericanas, quien la tomó por una colega, pues en su conversación Virginia dio rienda suelta a los vastos conocimientos en el tema adquiridos en las fértiles tierras del Socorro. Grande fue la sorpresa que se llevó la especialista cuando Virginia le contó que no era entomóloga sino antropóloga y que ahora su curiosidad y su reflexión estaban concentradas en el estudio de la familia, la razón de su visita a la biblioteca.

La tierra santandereana en la década de los años treinta del siglo XX tenía para ofrecer a sus hombres y a sus mujeres una cultura marcadamente religiosa, rasgo que hacía contrastar fuertemente la ascética sobriedad de su vida material con la riqueza y el soberbio lujo de su vivir espiritual, como claramente lo dejaban ver el cuidado de sus iglesias y la impecable limpieza de sus gentes.

La autoridad familiar recaía en la figura del hombre, el cual, con poder absoluto en todos los espacios de sus allegados se transformaba en un patriarca; por supuesto, la madre, dependiente de él, administraba las labores de la casa, sin derecho alguno a ocupar otro espacio distinto al del hogar y a encargarse de la crianza de los hijos.

Los dichos populares afirmaban que la mujer no podía andar sola, por ahí *como bandera de guerra*, sin la compañía de un familiar o en el caso de la casada, con su esposo; o como aquel otro que tanto le llamaba la atención a Virginia, en el que se afirmaba que la mujer al casarse debía ser como la hormiga culona... una vez completado su vuelo nupcial, debía cortarse las alas y enterrarse en el hormiguero a procrear. Nada podía expresar mejor que esto lo que la mujer santan-

Paisaje en los alrededores del Socorro, Santander
Fotografía: Mauricio Olaya



dereana tenía frente a sí misma. En su casa, Virginia no escaparía del todo a este modelo y desde muy temprano su sentir la hacía soñar con otros rumbos, con otra vida.

El momento de mayor conflicto con el claustro materno fue ese terrible día en el que con el dolor más grande Virginia observó cómo su madre y su tía, quienes eran mujeres muy piadosas, se disponían a apilar en el patio trasero de la casa los libros de don Gamaliel para prenderles fuego. ¿La razón?

Paul Rivet (1876-1958) y Virginia Gutiérrez



El sermón del domingo anterior en la iglesia del Socorro había versado sobre el mal que ejercían los libros en las mentes de los espíritus católicos, las ideas liberales que pudieran transmitir iban en contra de los dogmas de la Iglesia, es decir, en contra de su poder; por esa razón había que quemar los libros. En silencio impotente, Virginia vio hacerse humo y levantarse en llamas la crítica, la historia y la poesía leídas en secreto con su abuela.

Virginia en los albores de su adolescencia manifestó a su padre el deseo de seguir estudiando después de culminar su primaria y le contó sobre el concurso que harían al final del año en Bucaramanga para obtener una beca e ir al Instituto Pedagógico Nacional en Bogotá como

Biblioteca Nacional de Colombia, construida por su director Daniel Samper Ortega, Bogotá, Sociedad de Mejoras y Ornato, Instituto Geográfico Agostini, Novara, 1938



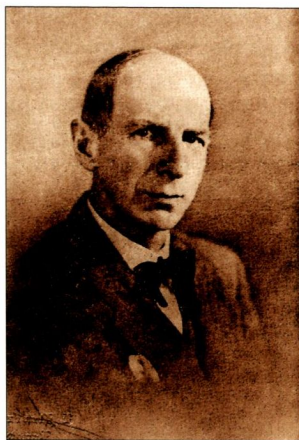
alumna interna. Sin perder por un minuto su rol de santandereano auténtico, don Gamaliel conociendo lo que la personalidad de su hija demandaba: independencia, libertad y tolerancia, manifestó su intención de apoyarla. *Pudo más la comunicación que la represión autoritaria, pudo más la razón frente al patriarcalismo*, afirmaba Virginia cuando recordaba ese momento.

La expectativa era enorme y la emoción superaba la angustia de separarse de la vida materna para enfrentar solitaria el reto de vivir en Bogotá, la moderna capital que agolpaba los adelantos del tan esperado desarrollo. Bogotá en aquellos años era lo más cercano a las modernas metrópolis europeas: los automóviles, el tranvía, la moderna

Instituto Pedagógico Nacional, en la avenida Santiago de Chile, Bogotá, Sociedad de Mejoras y Ornato, Instituto Geográfico Agostini, Novara, 1938



El arqueólogo alemán Justus Wolfran Schottelius (1892-1941), profesor de la Escuela Normal Superior. Sus restos se encuentran enterrados en el Museo Nacional de Colombia.



arquitectura contrastante con la republicana y las ocasionales muestras de la colonial, los teatros y centros nocturnos, la moda y tantas otras cosas que podían cautivar el interés de una niña y por supuesto la responsabilidad de obtener excelentes resultados académicos que le permitieran continuar sus estudios de secundaria hasta el final.

Cuando llegaron a la oficina del director de la escuela los resultados del concurso, la noticia no se hizo esperar, Virginia fue la ganadora y tendría que estar en los primeros días de enero en la capital. Allí la esperaba la doctora Franzisca Radke, pedagoga alemana, quien era la directora en ese momento del Instituto Pedagógico Nacional.

Fueron seis años maravillosos, en los cuales Virginia adquirió conocimientos generales sobre historia y geografía universal y colombiana, matemáticas, ciencias naturales e idiomas, un nivel muy alto para el promedio de estudio de los colombianos en aquella época. Era hora de elegir una profesión y tomar la decisión no fue una tarea fácil. Virginia sentía una fuerte inclinación por adelantar estudios de medicina y al mismo tiempo, también las matemáticas despertaban su curiosidad. Con la voz sabia de la madurez y la experiencia, Ester Aranda, quien reemplazó a la doctora Franzisca Ratke, en una de sus tantas charlas con Virginia en los recreos, le insinuó que su vocación podían ser las ciencias sociales, que por aquel entonces despertaban gran interés entre los jóvenes. Y no se equivocó.



Eduardo Santos Montejo (1888-1974)

La Hegemonía Liberal, como se conoció el periodo de 16 años de gobierno del partido Liberal y que se inició con el mandato del presidente Enrique Olaya Herrera, seguido por el de Alfonso López Pumarejo, el de Eduardo Santos, y nuevamente otro periodo de López Pumarejo, dio un fuerte apoyo a la promoción de la educación y el estudio del componente social en el país. Esta preocupación por las ciencias de la educación fue la que permitió la consolidación de la Escuela Normal Superior bajo la visionaria dirección del psiquiatra José Francis-

co Socarrás. La Normal tendría como uno de sus principales objetivos la preparación de aquellos que serían profesores de secundaria. ¿Pero qué los haría diferentes de los maestros preparados en las dos primeras décadas del siglo veinte? El método.

En concordancia con el pensamiento de su director, uno no debe repetirse como el catecismo del padre Astete, siempre la misma pregunta, siempre la misma respuesta: —¿Sois cristiano? —Sí, por la gracia de Dios. ¡No!, eso no podía ser.

Ya la memorización dejaría de ser la forma de constatación del conocimiento. La reflexión, la experimentación, el análisis y la investigación serían los nuevos caminos por los cuales estos nuevos maestros se intruirían y a su vez formarían a los estudiantes.

¿Qué se garantizaría con ese método? Mentes inquietas enseñadas a pensar e investigar y no dormidas, acostumbradas a repetir fórmulas y fechas sin tener en cuenta lo principal en el conocimiento, el por qué de las cosas y del cómo desentrañar la esencia de éstas.

La convocatoria se hizo pública y se repartió por todas las escuelas en todos los departamentos del país. La idea de convertirse en profesora

cautivó a Virginia y la llevó a prepararse para competir por un cupo entre cientos de candidatos. Así, hombres y mujeres jóvenes procedentes de Cartagena, Barranquilla, Santa Marta, Medellín, Manizales, Armenia, Cali, Popayán, Pasto, Bucaramanga, Tunja, Neiva y de otras regiones del país, conformaron un variado estudiantado y el más selecto, para prepararse como futuros profesores de los colombianos.

El profesor Socarrás, con la tozudez de su empeño, logró convencer de su novedosa empresa a varias de las personalidades intelectuales colombianas más prominentes en aquella época para que se unieran como maestros de maestros en la Normal. A este grupo se sumaron otros tantos que venían buscando refugio de los acontecimientos racistas y de los contextos bélicos de la Segunda Guerra Mundial, que

Plaza de Bolívar en Bogotá, *Bogotá*, Sociedad de Mejoras y Ornato, Instituto Geográfico Agostini, Novara, 1938



se apoderaban de Europa, para así formar un grupo de verdaderos pedagogos. Desde sus inicios, la Normal Superior contó con verdaderos especialistas poseedores ya de una interesante trayectoria, como por ejemplo las sobresalientes figuras del colombiano Gregorio Hernández de Alba y el alemán Justus Wolfran Schottelius en el campo de la etnografía y la arqueología. En el campo de la economía y la historia estaba el alemán Rudolf Hommes. En los estudios de geografía el español Pablo Vila, José Royo y Gómez y el célebre alemán Ernesto Guhl. Como especialista en derecho indiano e instituciones españolas aparecía la figura del español José María Ots Capdequí. En el conocimiento de la lingüística se destacaban Francisco Cirre y Urbano González de la Calle. Las matemáticas eran regentadas por el alemán Kurt Freudental.

Carrera Séptima, en el centro de Bogotá, *Bogotá*, Sociedad de Mejoras y Ornato, Instituto Geográfico Agostini, Novara, 1938





Basilica Primada y Capilla de *El Sagrario* en Bogotá, Bogotá, Sociedad de Mejoras y Ornato, Instituto Geográfico Agostini, Novara, 1938

Tanto profesores como estudiantes aportaron a la creación de un ambiente de discusión en donde las ideas de cada quien podían ser expuestas y encontrar una crítica valiosa de la cual tomar nuevas herramientas. El proyecto marchaba sobre ruedas y los normalistas contaban ya con una, aunque modesta, creciente biblioteca con títulos en casi todas

las áreas, con énfasis en aquellos que trataban asuntos colombianos. Conseguir libros, a veces incluso con recursos propios, era el pasatiempo preferido de Socarrás.

Virginia estaba más compenetrada que nunca con el estudio de las ciencias sociales. Rápidamente su capacidad de análisis e interpretación la hicieron distinguir como una de las mejores estudiantes y entre sus compañeros, su ternura y sencillez despertaban el interés por lograr su amistad. Allí, entre sus compañeros de discusión, conoció a Roberto Pineda Giraldo, agudo interlocutor de pensamiento crítico y con una tremenda capacidad para racionalizar los problemas objeto de su análisis, con quien desde muy temprano entabló una profunda amis-

dad y quien más tarde se convertiría en su esposo. Compañeros de investigación y de viaje por la vida, su tranquila y leal relación era referida cariñosamente por algunos de sus compañeros de formación como uno de los primeros *matrimonios antropológicos* en el país.

Faltando ya poco para culminar sus estudios de normalista, Virginia y sus compañeros se enteraron de un rumor que más tarde Fran-

Alumnos y profesores de la Licenciatura en Ciencias Sociales y Económicas, de la Escuela Normal Superior, 1944. Al fondo el edificio utilizado como sede. Sentados, de izquierda a derecha: Gabriel Giraldo Jaramillo, Rudolf Hommes, Virginia Gutiérrez, José Francisco Socarrás, Yolanda Mora, Lisandro Medrano, Pablo Vila y José de Recasens. De pie, primera fila: Carlos Rojas, Milciades Chaves, Armando Dávila, Guillermo Zúñiga, Julio César Cubillos, Carlos Trujillo. De pie, segunda fila: Darío Mesa, Roberto Pineda Giraldo, Miguel Fornaquera y Aurelio Isaza.



cisco Socarrás confirmaría. En el año de 1942 se abriría una especialización para aquellos alumnos de la Normal interesados en temas etnológicos y arqueológicos y la persona que la iba a dirigir sería nada más y nada menos que el famoso sabio francés Paul Rivet, fundador del *Museo del Hombre* en París y gran investigador de la migración y poblamiento humano del continente americano.

Rivet era, junto con otros europeos de la época, un americanista, es decir, un estudioso de temas prehistóricos e históricos del Nuevo Continente. En París, en donde para aquella época él residía, frecuentemente se reunía este grupo de intelectuales y científicos, entre ellos Alfred Métraux, Erland Nordenskiöld, Marcel Mauss, Konrad Theodor Preuss, Maurice de Périgny, para discutir teorías y recibir con brazos abiertos los resultados de investigaciones y los relatos de científicos y exploradores que recorrían maravillados de su geografía la tan preciada América. De esta forma, el conocimiento y la información sobre el Nuevo Mundo: su geografía, su fauna, su flora y las costumbres de sus pueblos, crecían y eran divulgados en el *Journal de la Société des Américanistes*, en París.

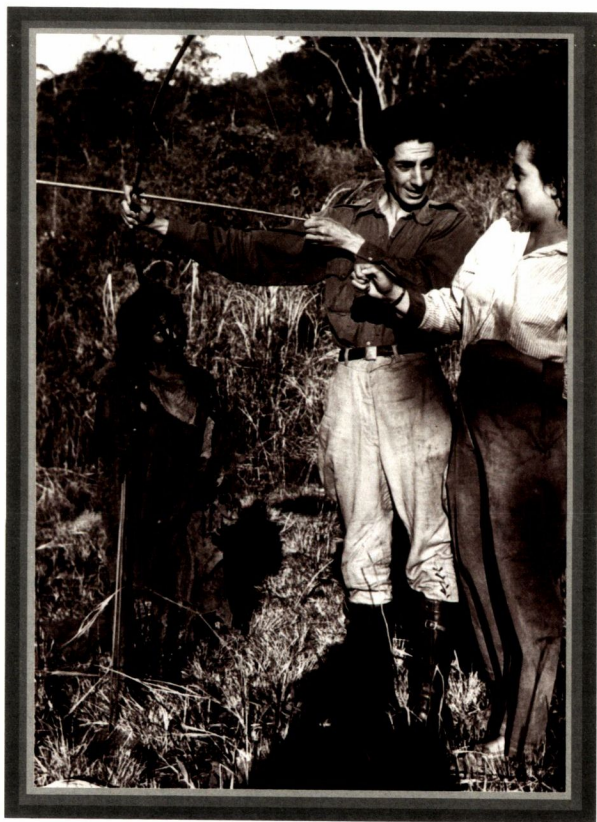
En una de esas reuniones a finales de la década de los años treinta, antes de llegar a ser presidente, Eduardo Santos conoció a Paul Rivet, quien al enterarse de su nacionalidad colombiana, le manifestó su profundo interés y admiración por Colombia, a la cual no conocía sino por referencias de libros, exploradores y misioneros. De inmediato, Rivet puso de plano en la conversación con el futuro presidente la importancia de la ubicación geográfica de Colombia para entender el avance del hombre hacia la parte sur del continente, puesto que había tenido que ser un paso obligado en la ruta de avance del hombre primitivo, bien hubiese sido por tierra o por mar su migración.

Igualmente, discutieron sobre los pueblos indígenas que habitaban las diferentes regiones geográficas del país, recalándole Rivet el valor tan grande que contienen en sí mismas estas culturas, y la conclusión, no del todo ajena para Santos, de que esos grupos indígenas estaban aún por conocer.

Santos manifestó igualmente su profunda admiración por el trabajo intelectual del etnólogo francés y lo invitó a conocer el país, además de ofrecerle apoyo para su investigación sobre el poblamiento del continente. Así fue como con ocasión de la celebración de los 400 años de la fundación de Bogotá, Rivet viajó a Colombia a ofrecer sus conferencias sobre la historia del poblamiento de América, las cuales harían presencia central en la celebración que se adelantaría en la capital y particularmente en la Biblioteca Nacional.

Las conferencias dictadas por el profesor y la realización de la exposición arqueológica y etnográfica preparada por el arqueólogo Gregorio Hernández de Alba, para la cual se invitó a indígenas provenientes de la Guajira, de Tierradentro y del Amazonas, tuvieron un impacto muy fuerte entre el público en general, dada la novedad del tema tratado por Rivet y la curiosidad por el contacto vivo con los indígenas y sus objetos, de quienes se especulaba mucho, pero se conocía poco. Rivet aprovechó la presencia de los indígenas y junto con un viejo amigo, el padre misionero fray Marcelino de Castellví, recolectaron una muestra del vocabulario de la lengua indígena *páez* y de la de los *wayuú*. Días después el sabio francés viajó a San Agustín, Huila, un largo viaje en compañía de Gregorio Hernández de Alba, para observar la monumental estatuaria de piedra agustiniana, vestigios de una antigua cultura precolombina; Rivet estaba profundamente impresionado y su intelecto confirmaba la importancia de Colombia para el estudio de los orígenes del hombre americano.

Con esta visita como antecedente, tres años después, en 1941, Rivet regresó a Bogotá para dedicarse como director y fundador del Instituto Etnológico Nacional a formar la primera generación de etnólogos y arqueólogos colombianos, de la cual Virginia hizo parte. El avance de la campaña fascista y racista de Adolfo Hitler en tierras francesas y sus holocausticas acciones en contra del pueblo judío, obligaron a Rivet a huir a tierras más tranquilas en donde pudiera expresar con más libertad su pensamiento. Colombia fue su segunda patria y junto con sus alumnos se dio a la tarea de desmentir tales argumentos racistas y de propagar los aportes y el valor de otras culturas como la indígena.



Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda,
en la expedición realizada al territorio de los indígenas motilonos,
en la Serranía de Perijá, 1943
Fotografía: Alicia Dussán de Reichel

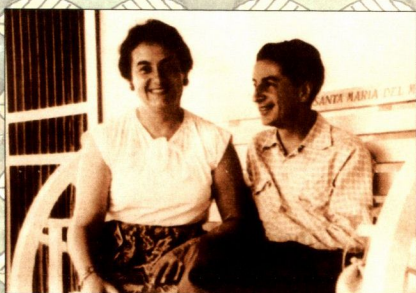
Capítulo 2

Territorios ignotos: tierras de guajiros, motilones, emberaes, catíos y noanamaes

La cultura y la sociedad guajiras no pueden mirarse ya como cuerpos homogéneos. Una y otra han estado sometidas a las influencias de contacto con otras civilizaciones de manifestaciones y de contenido humano distintos a los suyos, que han dejado marcada la huella de su paso en las transformaciones de las instituciones y de los individuos. Este proceso que, podemos suponer, se inició antes de la Conquista por las relaciones con otros grupos indígenas circunvecinos del vecino departamento del Magdalena y de la república de Venezuela, se aceleró a partir de la Colonia y ha ido creciendo su ritmo, en progresión que podríamos llamar geométrica, con el avance y el desarrollo de la república colombiana, sobre todo en los últimos períodos de su historia cuando las corrientes migratorias se dejan sentir con mayor intensidad a todo lo largo y lo ancho de su territorio... Primero, los conquistadores españoles que establecieron sus haciendas en las regiones de contacto con la Península, y por último los grupos mestizos –negroides en su generalidad– de las costas colombiana y venezolana, que son los que han influido más directamente en los cambios sociales y culturales del guajiro...

Virginia Gutiérrez de Pineda, 1948

Virginia y Roberto en
Cartagena de Indias



REVISTA DEL INSTITUTO
ETNOLOGICO NACIONAL



DIBUJOS DE...

El etnólogo
Paul Rivet en compañía de su esposa,
la ecuatoriana Mercedes Andrade



Gregorio Hernández de Alba en expedición al territorio guajiro, 1936



Con Paul Rivet llegó a Colombia la etnología como *la ciencia del hombre*, es decir, la que habría de estudiar todas sus manifestaciones culturales y materiales en el presente y

en el pasado. Afirmaba el profesor Rivet, en las cátedras a sus alumnos, que la etnología era una *síntesis de ciencias*, pues el etnólogo debía estar al tanto de todos los adelantos realizados en las otras áreas del conocimiento para así poder verterlos y utilizarlos en los propios; así, entonces, se hacían indispensables los conocimientos en geología, química, historia y geografía, entre otras tantas ciencias.

Rivet se interesaba profundamente y con devoción en las formas de vida de los grupos indígenas, y las clases en el Instituto Etnológico hicieron énfasis en ellos; desde la arqueología, la lingüística, la antropología física y la etnografía, los alumnos del sabio francés recorrerían el país en busca de información que permitiera completar las fichas del incompleto rompecabezas en el intelecto de Rivet, sobre la migración del hombre americano. Era la búsqueda de una geografía del alma de los pueblos por los caminos de América.

Virginia demostraba grandes cualidades académicas y pronto fue concentrando su interés en la etnografía; su aguda percepción, su natural carisma, acentuados con su madurez y su innata capacidad de observar y rápidamente dar cuenta de lo que subyace en las relaciones sociales, le permitían entrar y participar con facilidad en la vida de las personas, cualidades que ofrecían una ventaja muy grande para estudiar la cultura de los pueblos, para hacer etnografía.

Prontamente había llegado la hora de poner en práctica y ejecutar en la realidad lo que ella y Roberto habían aprendido de sus maestros. En el año de 1943 se planeó un reconocimiento de los grupos indígenas que habitaban el país, en especial de aquellas zonas desconocidas marcadas en la cartografía como *territorios nacionales*. Lo curioso y contradictorio, a la vez, es que estos territorios eran más de la mitad de la geografía colombiana, ignorada y olvidada.

Se había decidido en una reunión, de común acuerdo entre Rivet y Socarrás, que Virginia y Roberto harían parte de la expedición que visitaría las inhóspitas tierras de la serranía de Perijá y de los Motilones, en la frontera nororiental con Venezuela, tierras del actual departamento del Cesar.

Paisaje colorido del río Magdalena. Óleo de Noé León



Y así fue, en compañía de Gerardo Reichel-Dolmatoff y de Alicia Dussán se desplazaron en una travesía que, por todo lo demás, tenía el encanto del descubrimiento de tierras selváticas poco conocidas, incluso para aquellos que como Virginia, habían crecido en un ambiente campesino. La emoción era grande, puesto que tendrían la posibilidad, si corrían con suerte, de conocer en su ambiente natural una de las tribus *no pacificadas* del país: los indios motilonos.

El viaje comenzó con el alistamiento de lo necesario para la expedición, los víveres calculados para cuatro personas durante casi dos meses de travesía, las tiendas de acampar, las botas altas para protegerse de mordeduras de serpiente, las brújulas, la escopeta y las municiones, el mosquitero, hamacas, la cámara fotográfica, y por supuesto las libretas para llevar sus apuntes: *los diarios de campo*; todo lo necesario para poder llevar a cabo una descripción de la cultura motilona y po-

El historiador e indigenista alemán Juan Friede Alter

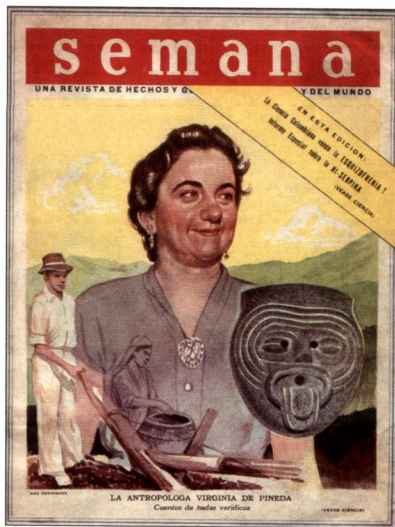


der traer a Bogotá objetos representativos de su cultura: cerámica, vestidos, pipas, máscaras.

Emprendieron su viaje desde Bogotá en busca del río Magdalena. Virginia lo recorría por primera vez y el impacto fue muy grande, el paisaje era exuberante y extraño. Los grandes barcos de vapor en los que se cargaban y descargaban mercancías, el calor humano de la población ribereña, su alegría, los nostálgicos cantos de los bogas en sus pequeñas embarcaciones, sus costumbres, todo hacía parte de un constante proceso de conocimiento y aprendizaje en el que Virginia iba guardando en su mente con fidelidad fotográfica aspectos culturales de la geografía colombiana.

A los pocos días desembarcaron en El Banco, en el departamento del Magdalena y tomaron una piragua para llegar hasta la población de Chimichagua cruzando la hermosa y gigante laguna de Zapatosa. De Chimichagua partieron hacia Chiriguaná y de ahí los cuatro antropólogos

tomaron un camino maltrecho que los llevaría hasta el pueblo de Becerril en el departamento del Cesar. Después de una noche de descanso, de madrugada alistaron el viaje en mula, que habría de ser lento y agotador, hasta la Serranía de los Motilones; de allí en adelante la travesía la tendrían que continuar a pie afrontando toda suerte de dificultades y riesgos al cruzar varios caños y ríos, entre ellos el río Maracas. Después de medio



Portada de la Revista Semana, Bogotá, 1956

día de ascenso por escarpadas trochas, los jóvenes etnólogos divisaron algunos asentamientos. ¡Por fin habían llegado a las tierras de los indios motilonés! Se sabía por descripciones anteriores que había varios grupos, unos más bravíos que otros. Habitaban en las cercanías los pacabuyes, giriguanas, bobures, quiriquires, socombas, yucures, casacares, sicarares, candelas, psicacau, maracas y los kunawasaya, entre otros.

La emoción superó el cansancio y la fatiga y con gran sorpresa se dieron cuenta que en pocos instantes se iba a llevar a cabo una ceremonia de entierro secundario. Era época de plenilunio, pocas ceremonias se habían documentado y los cuatro etnólogos estaban ahí, haciendo parte de una como invitados especiales. Para todos siempre fue una incógnita el por qué de la amable recepción de los indios a una ceremonia tan íntima y privada como lo era el desentierro de un jefe muerto, la fiesta y la escogencia de su nueva tumba. Quizás, la coincidente aparición de los blancos en ese día se interpretó, afortunadamente, como un evento de suma importancia en la celebración del desentierro, puesto que bien pudo haber sido al contrario y haberles significado una afrenta a un grupo tan territorial como el de los motilonés.

Era una fiesta larga, muy larga e intensa. Sin excepción, todos los miembros de la tribu participaban. Los parientes del muerto, al tiempo que recogían el espíritu, bebían chicha, bai-



Virginia Gutiérrez de Pineda con su informante Cristina.
Expedición a la Guajira, 1947

laban y cantaban. Era un ritmo inolvidable, muy particular, acompañado de instrumentos musicales muy rústicos y tambores elementales. Continuamente repetían *Enkapetaima...*, *Pikatramo...*, *Saratramo...*, un canto ceremonial. Los participantes bailaban con el difunto uno a uno, entraban a cada casa y finalmente era llevado a su segunda morada, una cueva en las cercanías del asentamiento. Después de largas horas, los indígenas exhaustos y algunos completamente borrachos, caían uno tras otro, se daba fin a la ceremonia.

El encuentro cultural era fuerte; aunque los indígenas para aquella época no tenían las mejores relaciones con los blancos, mantenían algún tipo de intercambio cultural. La admiración era de parte y parte, los antropólogos con todos sus atavíos causaban en los indígenas gran curiosidad; Virginia recordaba con gratitud la compañía que le hizo un indígena desde el momento mismo en que la vio, no se separaba de ella ni un solo minuto, lo cual fue de mucha ayuda para entablar contacto con otros grupos. Parecía haberse enamorado de Virginia, pues en una tarde, mientras ella recogía información sobre la organización

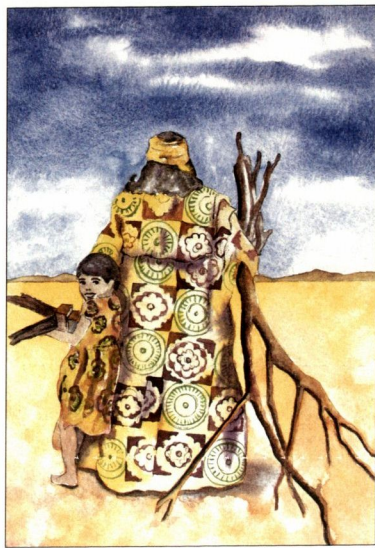
social de los indios, éste retó a Roberto a competir para saber quién tenía mejor puntería en la caza de un pájaro, si él con su arco y con su flecha o Roberto con la escopeta. Por supuesto, la experiencia le ganó a la tecnología y Roberto tuvo que reconocer la impresionante pericia y habilidad del joven motilón.



Las expediciones eran del todo satisfactorias como experiencias de aprendizaje, se ponía a prueba la resistencia física de los etnólogos a las inclemencias del medio: pique-

Acuarela de Cristina Salazar Álvarez

tes de zancudos, fuertes aguaceros y tormentas. Además, se ponían a prueba de realidad los conocimientos adquiridos en las clases y sobre la marcha se implementaban recursos para recoger datos de los informantes; así lo estaba haciendo Virginia, con gran habilidad y desenvolvimiento para poder dar cuenta de la forma en que estaban organizados los motilones, cómo se componían sus familias, cómo se casaban, su economía, su cultura material, cuáles actividades realizaban los hombres y cuáles las mujeres.



No obstante lo exitosa que fue esta expedición, en opinión de doña Virginia, el lugar donde realmente aprendió a captar lo que era una cultura en toda su dimensión, fue en la expedición a la Guajira en 1947 a las tierras de los indios wayúú, la cual no fue menos aparatosa que la primera. Con reflexión profunda recordaba aquel episodio en Nazareth:

Cuando yo estaba averiguando sobre el precio de una gran cacica, hija de una cacica guajira de Maicao, ella acababa de casarse; y con todo el orgullo de la venta de su compra, ella me contaba cómo habían pagado varios millones de bolívares, cómo habían pagado collares de tuma sagrados, ganado, chivos, montones de dinero que había aparecido por el precio de ella. Y yo, extraordinariamente triste, como mujer colombiana, porque todavía en nuestro país se vendían las mujeres. Era una cosa que me amargaba

íntimamente, y yo pensaba: cuando yo regrese voy a luchar porque esto no vuelva a ocurrir. Cuando de pronto ella en un rato de silencio, en que mi congoja era tanta, me pregunta:

—Virginia ¿tu cuánto le costaste a Roberto?

Y yo, de otra cultura, y completamente orgullosa de otro sentido, sin entender el de ella, le dije: absolutamente nada. Ella se cogió la cabeza con las manos y me dijo:

—Ah Virginia tu no vales nada, ni siquiera como una esclava: diez chivos. Tú no eres nada, nadie.

No me volvió a dar informes. Así fue como ella, en la lección más cruel, más gráfica, más verídica, me enseñó que yo no sabía antropología y que no había

Los llamados *Territorios Nacionales* estaban aún inexplorados, era una geografía por descubrir

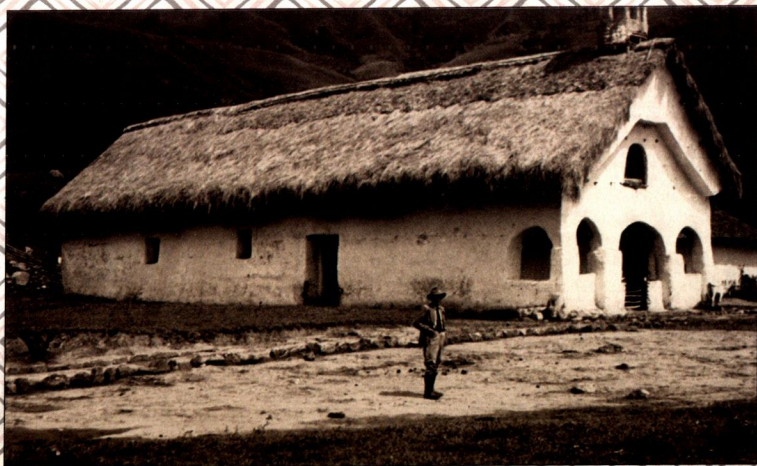


entendido su propia cultura, y el valor tan maravilloso que era el precio de una mujer guajira.

Aquella vez, Virginia, en compañía de Roberto, de José de Recasens y de su esposa María Rosa, había sido sacudida en su intelectualidad por ese episodio y las conversaciones con su informante Cristina, una india wayuú.

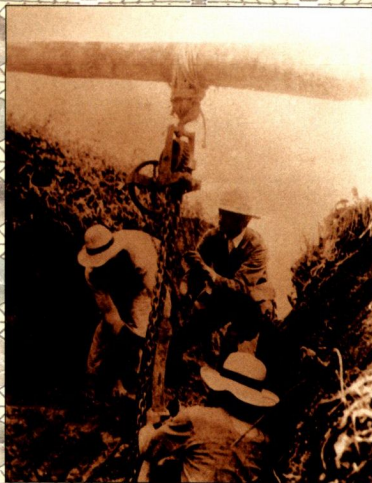
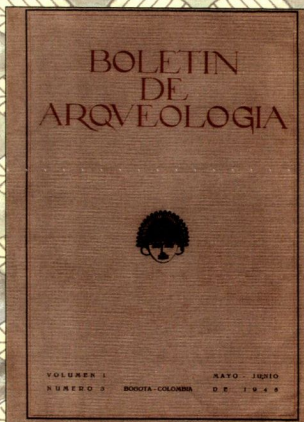
Los trabajos aportados por Virginia y Roberto y por los otros etnólogos y arqueólogos en la década de los años cuarenta, poco a poco conforman un cuerpo de investigación de primera mano sobre la cultura de los grupos indígenas y de sus antepasados, publicados en *la Revista del Instituto Etnológico* y en el *Boletín de Arqueología* como forma de dar a conocer al público en general, ajeno en su mayoría, el valor de las culturas indígenas.

Gregorio Hernández de Alba en Tierradentro,
Iglesia de San Andrés de Pisimbalá





**Viaje del profesor Paul Rivet a San Agustín.
Lo acompaña el ministro de Bélgica, René van
Meerbeke, 1938**



**Gregorio Hernández de Alba, en una
excavación en San Agustín, 1938**

**Eliécer Silva Celis, excavando una
tumba prehispánica, Sogamoso, 1943**



Sin embargo, a pesar de la valiosa tarea que realizaban estos jóvenes investigadores, el convulsionado ambiente político de la época, y los terribles hechos de violencia que antecedieron y continuaron después del *Bogotazo* en 1948 como consecuencia del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, pusieron en riesgo su labor e incluso la existencia misma del Instituto. La hegemonía liberal había terminado, los conservadores por fin retornarían al poder y pasarían cuenta de cobro por su prolongada ausencia en la vida política y económica del país.

El apogeo revanchista alcanzó su máximo punto de expresión con el gobierno de Laureano Gómez Castro, proyectos vanguardistas y modernos como lo era la Normal Superior fueron su principal objetivo. Editoriales sensacionalistas y mal intencionados venían apareciendo en el diario *El Siglo* y en otros de filiación conservadora, en los que se acusaba a la Normal Superior de propiciar la convivencia malsana de hombres y mujeres y la promiscuidad; finalmente lograron su objetivo y la Escuela Normal Superior fue cerrada. Al recordar tan terrible episodio, Virginia describía con profunda indignación la impotencia de no poder defender lo propio: *sentí como a quien le apalean la madre*.

Su trabajo en el Instituto Etnológico también se veía empañado por comentarios que tachaban a sus investigadores de comunistas, puesto que defendían los derechos de los indígenas y buscaban darle un reconocimiento, un valor frente a la cultura occidental que dominaba el Estado colombiano y a algunas partes de su población que no entendían de otras mentalidades y otras formas de cultura.

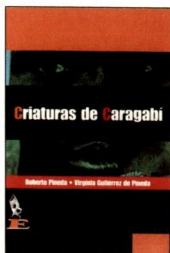
¿Un instituto dedicado al estudio de los indígenas?, ¿financiado por el Estado? No resultaba lógico para una mente como la de Laureano Gómez, para quien el indio era un ser inferior, culpable del atraso en el cual estaba el país, como consecuencia de la mezcla genética producida desde la Conquista y acrecentada en el transcurso de la Colonia y el comienzo de la República. Así lo manifestó varias veces públicamente en sus charlas en el Teatro Municipal de Bogotá. Lo indígena era esté-

ASPECTOS DE LA MAGIA
EN LA GUAJIRA

ROBERTO FERRA GONZALO
de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

ril, no se podría construir una moderna nación con ese componente.

Para el presidente Gómez, el futuro estaba en lo europeo que se pudiera rescatar de nuestra cultura y de su refuerzo al propiciar una migración de población proveniente del norte de Europa. De ahí su inusitado énfasis en crear y apoyar un centro de investigación del aporte de la cultura europea en Colombia, especialmente de España: el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica y, al mismo tiempo, propiciar la disolución del Instituto Etnológico y la dispensación de sus investigadores.



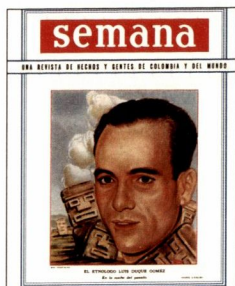
Fue así como Virginia y Roberto vieron truncada la posibilidad de seguir adelantando y finalizar su tercera incursión etnográfica en el Chocó entre los grupos indígenas catíos y embe-

rras, al menos no con la dimensión que habían pensado darle al estudio. Sus cargos como etnólogos e investigadores en el Instituto, después de una serie de conflictos burocráticos, habían sido declarados insubsistentes, es decir que no se necesitaban. Virginia y Roberto para aquella época ya padres de cuatro hijos José Fernando, Edgar, Carlos Jaime y Darío Alonso y con las responsabilidades económicas de un hogar, hicieron muestra de su fuerza, carácter y empuje y sin dejarse derrotar por el oscuro panorama que se ofrecía a futuro para su profesión, la ciencia del hombre, sobrellevaron

ORGANIZACION SOCIAL
EN LA GUAJIRA

VIRGINIA GUTIERREZ DE FERRA
de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales

la situación. Roberto se dedicó a otras labores y encontró un espacio como editor de la sección de noticias internacionales de una revista, que le permitía sostener con cierta comodidad el hogar. Virginia, por su parte, se dedicó a seguir cuidadosamente la formación en el tiempo restante el cuidado de sus hijos, a la profundización de sus estudios y trabajos. Y a reflexionar...



Luis Duque Gómez
(1916-2000)

Somos navegantes de dos aguas generacionales. Nacimos sobre la década del veinte, estrujó nuestra infancia la pobreza del treinta y el desarrollo urbano golpeó la vida en mitad del camino. La ciudad trizó inmisericorde nuestros valores campesinos, amantados por la férula del maestro y el látigo del padre, y a su sombra nos fuimos educando. Crecimos signados por credos de partido, hicimos la violencia incruenta pero cortamos amarras tradicionales. Soñadores de libertad, ayudamos a rebelarse contra nosotros a los hijos, hoy capitanes de sus vidas. Nos sorprendió la muchachada universitaria beligerante y cuestionadora, esperanza de racionalidad y de relevo, nosotros otrora también gritos de vanguardia. Promovimos el respeto a la personalidad infantil y el adolescente derribó la imagen tutora, que acogimos como necesidad imperiosa de su expansión vital. Socavó nuestro piso existencial la desacralización religiosa y la destabuización del sexo, nosotros prisioneros del cerco cultural. Se borraron las fronteras regionales y el espacio cósmico perdió sus



El líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948



Laureano Gómez Castro
(1889-1965)

límites, nosotros en el ayer, caballeros de la arriería. También nos atiborró la publicidad uniformizante y su ánimo de voraz consumo. Creyentes en liderazgos viejos y en imágenes tajantes de hombre y de mujer, trocamos nuestras valijas de viajero y seguimos el camino sin renuencia participante. Revaluamos el ayer y miramos con fe hacia adelante. Somos parejas de caminantes que vamos cogidos de la mano en la renovación cotidiana.

A la generación de este acontecer doy mi esfuerzo y mi esperanza.

Virginia Gutiérrez de Pineda, 1975

Virginia Gutiérrez de Pineda, en compañía de sus suegros Cayetano Pineda y María Luisa Giraldo





Virginia Gutiérrez de Pineda.
Oleo del maestro Juan Antonio Roda

La fotografía, desde su descubrimiento a mediados del siglo XIX,
se ha convertido en instrumento revelador de vanidades,
hábitos y costumbres de hombres y mujeres





Virginia y Roberto en una plaza de mercado

Capítulo 3

Por la salud de la mujer y la familia

Rosa Delia de los Santanderes, Deyanira del Valle, Carmen Elia de los llanos del Tolima y del Huila, María Ba de la Costa Pacífica, Alta Gracia del litoral Caribe, Raquel de Antioquia, Floralba de la trilogía caldense, Etelvina de los altiplanos cundiboyacenses, Bertila de Nariño y del Cauca, Rosa María de los Llanos Orientales: mujeres que lavan arenas auríferas en la pluviosa selva. Que "harapean" jirones para vestir sus hijos. Que traen "lichigos" a la espalda en los mercados provincianos. Que "bultean" sal y recogen dividiwi en los sedientos cardonales guajiros. Que bordan capelladas de alpargatas, recogen algodón y modelan vasijas de barro primigenio. Que venden "cocadas" por las calles, anuncian el pescado frito y cargan en la cabeza la botija de agua en las soleadas llanuras norteñas. Que enseñan el abecedario y los guarismos en las escuetas aulas. Que cosen pacotilla mal pagada y escriben cartas de gerencia. Madres solteras de todos los sitios colombianos. Co-esposas que comparten el pan y el marido transeúnte.

Mujeres que viven el periódico abandono de su hombre, siempre en pos de "otra", o que lloran su muerte. Madres que conciben, gestan y paren en tugurios, en ranchos de "cuatro estacas", en la labranza y en la canoa ribereña. Madres todas que ganan el pan, que lo multiplican en la boca de sus hijos hambreados y lo mezquinan en la propia. Que duplican su vida para ser padres y madres. Indefensas madres, gestoras de esta patria: para vosotras, mi trabajo y mi fe sin límites.

Virginia Gutiérrez de Pineda, 1986



Fotografía de estudio realizada a finales del siglo XIX. A partir de ella podemos hacernos innumerables preguntas acerca de la feminidad en aquella época



Paradójicamente, aquellos difíciles momentos que abrieron la década de los años cincuenta del siglo pasado, no quedaron grabados en la mente de Virginia como una época para

olvidar, por el contrario, fue la época más feliz de su vida, en especial el año de 1953, cuando recibieron de la John Simon Guggenheim una beca para ir a estudiar a la Universidad de California, en Berkeley, Estados Unidos. Este viaje fue para la pareja de antropólogos la oportunidad de ampliar teóricamente sus conocimientos, aprender nuevas metodologías, y la escuela antropológica norteamericana era el espacio perfecto para realizarse.

Cursos, seminarios y charlas personales con destacadas figuras de la antropología como Alfred Kroeber y Robert Lowie, George Foster y John Rowe fueron abriendo los horizontes intelectuales de Virginia y de Roberto. La perspectiva geográfica y regional insinuada en la Normal Superior por el profesor Pablo Vila y Ernesto Guhl, fue respaldada por quien en su momento fuera una de las figuras más importantes en ese campo en la Universidad de California, el geógrafo cultural Carl Sauer y por uno de sus discípulos James Parsons, quien ya había estudiado el proceso de la colonización antioqueña y conocía bastante sobre Colombia.

De esta forma quedaba claro que los indígenas no eran el único espacio de análisis cultural para la antropología, las comunidades campesinas, afroamericanas y los grandes conglomerados urbanos eran contextos que ofrecían al análisis antropológico interesantes opciones

de reflexión para el estudio de la cultura. En países como Inglaterra, Holanda y Estados Unidos por aquellos años ya se comenzaba a practicar la antropología aplicada, área en la que el antropólogo mediaba o en otros casos cumplía un papel de consejero entre los intereses políticos del Estado-gobierno y las comunidades directamente involucradas: indígenas, campesinas, urbanas.

En Colombia, los etnólogos no eran ajenos al conocimiento del importante papel que podían tener en los procesos internos de las comunidades. Sin embargo, como Roberto mismo lo había constatado en sus trabajos, les faltaba la preparación académica formal necesaria para hacer antropología aplicada y muy pocos habían tenido algún tipo de experiencia práctica dirigida. Era un campo de acción para el antropólogo con mucho futuro en Colombia, poseedora de

Virginia y Roberto en la expedición a la Guajira, 1937



una población diversa, de diferentes contextos geográficos y envuelta en un proyecto de crecimiento económico.

De vuelta a Colombia, Virginia y Roberto sabían que en sus manos estaba la tarea de abrir para la antropología y para el beneficio mismo del país nuevos horizontes de investigación, sobre nuevos temas. Por ningún motivo se trataba de dejar a un lado los estudios indígenas, había que hacerlos, por supuesto, pero se hacía indispensable que el antropólogo, equivalente al etnólogo de la escuela francesa de la cual habían hecho parte por influencia de Paul Rivet, observara otras realidades y diera cuenta de otros fenómenos culturales.

Así, con el apoyo parcial del ahora llamado Instituto Colombiano de Antropología, Virginia, de forma pionera por segunda vez, se adentró

Joven pareja antioqueña. Fotografía de Melitón Rodríguez



a observar la realidad urbana con la óptica de la investigación en salud, primero con un estudio entre un grupo de obreros que trabajaban cerca de su residencia, en el cual analizó el por qué de la dependencia a la bebida alcohólica. Los resultados no podían ser más esclarecedores: el alcohol era una forma de escape a las cargas que la cultura y la sociedad le imponían. El segundo fue el análisis de las causas de mortalidad infantil en una zona de Bogotá, en el que se evidencia que ciertas prácticas culturales inciden en el problema.

De ese momento en adelante Virginia orientó toda su fuerza y su análisis al estudio de la familia en Colombia y de la antropología aplicada en salud. Tarea que muchos no comprendían, pues para qué estudiar algo de lo cual todos sabemos cómo es, afirmaban, dado que supuestamente era muy obvio entender cómo funcionaba la familia, pues todos tenían una de la que formaban parte.

Con estos dos valiosos y novedosos estudios, Virginia demostró que sí podía hacerse un aporte desde la antropología a problemas concretos de nuestra sociedad; la calidad de su análisis, su profundidad y la rigurosidad de su metodología la hicieron acreedora de varias cátedras en la naciente Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia y de la cátedra de antropología médica, en la Facultad de Medicina de la Universidad del Rosario. Esta fue su otra gran faceta, la de maestra, en la cual con sabia metodología llevaba a sus estudiantes de la mano y les enseñaba a preguntar, a descubrir como quien desgaja una cebolla, lo que la cultura guarda detrás de sí, las fibras más sensibles del ser humano, para poder llegar a lo más profundo de la sociedad.

Algún tiempo después participando en un Seminario Latinoamericano de Sociología, en el que se discutía sobre la conformación de las identidades en relación con las formas de organización social en el continente, Virginia escuchó con sorpresa la presentación del representante de Colombia ante el seminario, en la cual afirmaba que la familia colombiana se cimentaba en el modelo hispánico y romano heredado desde la Conquista, es decir, una conformación esencialmente católica y apostólica, en donde la familia se regentaba por un vínculo

indisoluble: el matrimonio. Con ironía doña Virginia resumía lo allí expuesto: era como si viviéramos *en Colombia como San José y la Virgen*.

Nada más apartado de la realidad e insostenible que esto y Virginia con su ya considerable experiencia como antropóloga y respaldada de su experiencia familiar en Santander y la continua comparación con lo que aprendía del contexto familiar de Roberto, el antioqueño, sabía lo inexacto de tan superficial consideración.

Pronto, armada de su gran capacidad de observación y análisis, de diferentes encuestas, de cuestionarios para hacer entrevistas y acompañada por varios de sus pupilos, Virginia se dio nuevamente a la tarea de recorrer el país en su extensa y variada geografía para empunder el más ambicioso proyecto de estudio jamás realizado. Construir un mapa geográfico-cultural de la familia en Colombia, en el cual de forma sistemática se presentaría un marco teórico en el que se analizara la rica variedad de formaciones familiares que existía en el país.

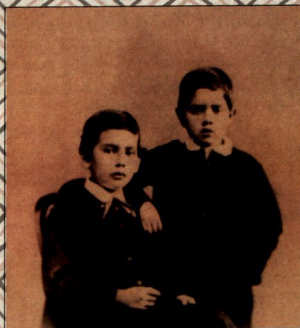
Roberto y Virginia en Yosemite National Park, California, Estados Unidos, 1953



Con un arduo trabajo auestas, aún por procesar, Virginia dio el primer paso en su análisis de la familia en Colombia, dando cuenta de cuatro grandes complejos culturales: el andino o americano, el santandereano o neohispánico, el negroide o litoral fluvio minero y, finalmente, el antioqueño o de la montaña. Pero, ¿qué era un complejo cultural? A medida que Virginia recorría ciudades, pueblos y veredas, descubría que factores geográficos, históricos, de composición étnica y ciertas instituciones daban uniformidad cultural a ciertas regiones y entre esa uniformidad, la familia era casi una consecuencia desprendida de la suma de esas particularidades.

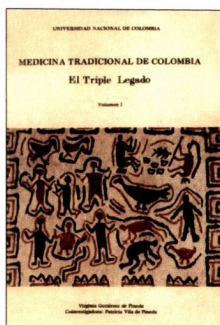
Con la pericia de quien teje y desteje, Virginia desenredaba y recolectaba hilos en cada complejo cultural, o subcultura; así, indagó sobre el medio ambiente, el hábitat que ocupaba cada uno, su historia, la economía, la religión, los roles del hombre y de la mujer, la socialización, la autoridad, el conflicto. Todo para dar una visión lo más completa y exacta de cómo funcionaban las familias en cada complejo. En su intento por hacerlo de la manera más fiel posible, Virginia tuvo que implementar soluciones metodológicas para sobrepasar obstáculos como por ejemplo: la dimensión de clases sociales en cada complejo, una dimensión que se alzaba verticalmente; otra, la que obligaba a analizar de forma diferente los conglomerados urbanos de los rurales, pues no eran iguales. Entonces, fue necesario profundizar y ahondar en las entrevistas y en las encuestas para dar cuenta de estas sutiles pero esenciales diferencias.

En lo profundo de sus meditaciones, Virginia se preguntaba el por qué de tanta diversidad, por qué incluso en algunos complejos había elementos que no se podían comparar. Antioquia no se podía comparar con Popayán o esta ciudad con Cartagena. Esta diversidad sólo podía tener explicación en la conformación histórica de cada población, dando así otro paso en su brillante estudio, la indagación histórica en los Archivos sobre el pasado de la formación de la familia en nuestro país.



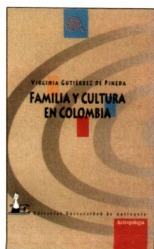
Si miramos con detenimiento las fotografías de familia, podemos advertir que la ubicación del padre, la madre, los hijos y los hermanos no es casual sino jerárquica





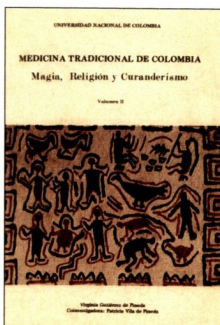
Con admirable paciencia, Virginia recorrió nuevamente, pero con su mirada de observadora puesta en el tiempo pasado, la geografía colombiana en busca de las configuraciones familiares indígenas en la época de la Conquista y su transformación a lo largo de la Colonia. Leyó aquellos episodios que las crónicas españolas habían dejado sobre la vida de los llamados salvajes, abrió los inacabables y empolvados pleitos de *indios* que luchaban por los derechos a sus posesiones, a su tierra; atendió los informes de encomenderos y piadosos misioneros en los

que se presentaban los *adelantos* en materia de explotación económica y de evangelización. Fue un verdadero viaje, una aventura intelectual a través del tiempo.



Con maestría artesanal, Virginia logró construir de la nada un contexto histórico que sirviera los cambios presentados a lo largo del

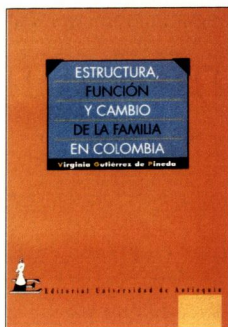
tiempo de la composición familiar indígena. No menos fácil fue para los grupos afroamericanos, sobre los cuales existe una información muy reducida que pudiera documentar tal transformación. Virginia también posó su aguda mirada y análisis en el hecho de cómo el español que migró a América tuvo que adecuar su experiencia a la imposibilidad de encontrar su contraparte española y tener que adecuarse a la mujer indígena, lo que dio paso al proceso de mestizaje o miscegenación. De este trabajo salió a la luz una interesante información sobre el parentesco, la poligamia,




el cruce racial y los valores culturales que adquirieron mestizos, mulatos, zambos, blancos e indios, el papel tan fuerte que tuvo la Iglesia y la administración del nuevo Estado en el reconocimiento y la promulgación y por otra parte la persecución de ciertos tipos familiares.

En muy poco tiempo, quince años, si se tienen en cuenta los objetivos que para su vida científica había trazado, Virginia logró dar saltos enormes y su investigación sobre la familia se tornó más sólida aún. Paralelamente, con sabiduría de mujer, Virginia distribuía su tiempo entre su familia, su esposo y su vida académica.

Su faceta como maestra era un éxito, Virginia sentía que sus estudiantes le aportaban tanto como ella podía ofrecerles; el curso de antropología médica, dictado a jóvenes estudiantes de medicina y de psiquiatría exploraba la historia y el arraigo de la práctica de la medicina tradicional en casi todas las regiones del país, un tema novedoso que le daba una nueva dimensión a las ciencias de la salud. Virginia se llenaba de orgullo al ver que sus discípulos médicos incorporaban en su diario actuar el análisis de la fuerza que ejerce la cultura sobre un individuo y la forma como éste concibe la enfermedad, como la explica y como la trata. Esto no sólo garantizaría una mejor relación médico-paciente, en la cual el actuar de





los individuos no sería explicado simplemente como ignorancia, sino que también sería un buen augurio para el desarrollo de programas de prevención de ciertas enfermedades como el paludismo, el cólera, la diarrea, en los cuales se tuvieran en cuenta los puntos de vista del paciente.

Los recuerdos de niñez de Virginia estaban llenos de fórmulas y remedios caseros que su abuela Tui y su madre María de Jesús, preparaban y utilizaban para los males y achaques menores de la época. Este acervo de tratamientos y de explicaciones sobre el origen de la enfermedad fueron enriquecidos fuertemente en visita que hiciera en compañía de Roberto a los indígenas emberas y catíos. Allí el jaibaná, brujo y sanador al mismo tiempo, prevenía la enfermedad y combatía las enviadas por otro jaibaná, e incluso hacía frente a la magia de los negros, sus vecinos. Ambas magias eran temidas enormemente por el blanco de la montaña, quien acudía a su vez a la medicina blanca. El tema apasionaba a Virginia y la llevó a producir, algunos años después, un estudio que sigue siendo único en su especie, por la novedad y por la monumental profundidad histórica que alcanzó: *Medicina tradicional en Colombia*, en el cual exploró los aportes hechos por la cultura indígena, la afroamericana y la europea a la concepción y al tratamiento de la enfermedad y la relación de esta con la magia, la religión y el curanderismo. El gremio médico recibió con gratitud y admiración la contribución hecha por Virginia sobre tan relevante y actual aspecto de la cultura colombiana y los dos tomos fueron de consulta obligada en los cursos preparatorios de la profesión.

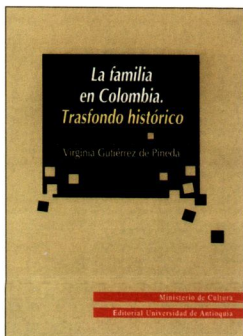
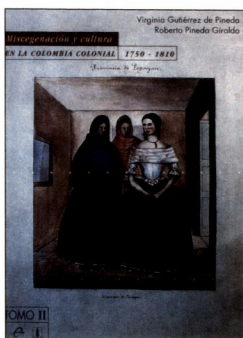
En constantes artículos y ponencias Virginia seguía presentando avances sobre el estudio de la familia, que completó posteriormente con una monumental investigación en 1975, en la que se planteaba un interrogante enorme sobre cómo en la actualidad se acomodaba la familia en relación con la sociedad y el individuo y cómo las transformaciones de ésta repercutían a su vez en el individuo y en la sociedad. Se trataba de ver a cada una de las partes: sociedad, familia e individuo y el efecto que cada una tenía en su relación con las otras. Y así lo hizo, con el apoyo inicial del Institute for Latin American

Population Research de la universidad norteamericana de Notre Dame, y después de golpear muchas puertas para conseguir financiación para tan dispendioso proyecto, su tenacidad y empeño lograron que se sumaran los aportes de varias instituciones nacionales e internacionales para que la recolección de información y su análisis fuese concluido y finalmente publicado.

Virginia estaba satisfecha con este libro: *Estructura, función y cambio de la familia en Colombia*. En él se presentaban al público en general nuevas dimensiones para comprender la actual familia en Colombia, el ingreso de la mujer a la vida económica del país, las ocupaciones del hombre y de la mujer, los niveles de educación, la filiación religiosa de éstos, el aspecto racial, la estratificación social. Y en un contexto más íntimo aspectos como la comunicación, la sexualidad acompañada de la reproducción, la autoridad en el hogar. Dimensiones todas que afectan el delicado equilibrio de la familia.

Su trasegar intelectual, la madurez de los años y la satisfacción interior de haber construido un hogar, una hermosa familia y una relación de pareja sin par, permitieron que Virginia, en compañía de su nuera Patricia Vila, también antropóloga, tornara su observación y su análisis a la cultura que abrazó su niñez, su tierra, a Santander. Hacia ella y su entramada cultura volvía, cómo lo recordara ella misma tiempo después:

... volver a mis patrios horizontes constituye para mí un verdadero retorno al claustro materno y hallarme en su régimen de seguridad absoluta y en su paz. Aunque no regreso hoy con la alegría infantil que se desparramaba en los riscos del Fonce, aromados con los azahares del arrayán, la lumbre de las clavellinas de las orillas de las quebradas, y en pos de uvillas y camaronas o de nidos de perulacas. Tampoco me trae hoy la visión juvenil que buscaba pares en el afecto dentro del entorno hogareño de reciedumbre y trabajo. Hoy vuelve la mujer madura con toda la racionalidad de



su mente, que con amor, pero con serenidad, se dedicó a indagar en su gente con espíritu académico...

Porque soy parte de esa mística de Santander.

Con profunda racionalidad Virginia dio cuenta del patriarcalismo en Santander, del valor del honor en la cultura del santandereano, los espacios sociales y el *status* del hombre y de la mujer, la jerarquización de la autoridad y sus efectos en la vida familiar. Las estadísticas y las encuestas de este estudio confirmaban lo que en su experiencia de mujer había dejado huellas la cultura y en anteriores observaciones marcadas, por cierta distancia emocional, el deterioro de la figura patriarcal, el deterioro de la autoridad exacerbada en la figura del hombre, y la ambigüedad de la mujer que exige su independencia y autonomía y al mismo tiempo se siente desamparada.

La historia nuevamente llamaba su atención y en compañía de Roberto se embarcaron hacia los antecedentes y contextos culturales, por ella ya explorados con anterioridad, de los procesos de miscegenación, el mestizaje en el sentido más amplio, de la cultura indígena, la hispana y la negra. El proyecto buscó entonces el rastreo de los conflictos y de las estrategias de supervivencia de cada grupo cultural en un período de tiempo decisivo en la historia de Colombia: 1750-1810, el momento previo al nacimiento de la república.

A través de documentos históricos localizados en diferentes archivos del país, con su análisis, Virginia y Roberto construyeron para nuestro conocimiento, una geografía cultural de cómo se dio el proceso de mezcla cultural, para lo cual utilizaron la escasa información depositada en censos regionales, en informes de los encomenderos y en los miles de pleitos legales de la época. Reflexionaron en torno del universo del *mezizo*, como se reconoció al individuo nacido del cruce de un blanco con una india, del *mulato*, producto del cruce entre blanco y negra, y del *zambo*, resultado de la mezcla entre indígena y negro. Iniciado el proceso, cada grupo adquirió un *status* y con éste el comienzo de resistencias y estrategias de los individuos para mejorarlo. Regionalmente, la investigación muestra cómo se organizaban los enclaves poblacionales y configuraban diferentes perfiles culturales, los mismos



Virginia y Roberto en sus labores de investigación



Virginia Gutiérrez de Pineda en su estudio



Su aporte al estudio de la medicina tradicional en Colombia es único en su género

de los que Virginia dio buena cuenta, pero dos siglos después, en su investigación sobre la familia en Colombia.

El tema de la familia no salió de la mente de Virginia por ningún momento, y era porque ella no dejaba de ser antropóloga ni un solo minuto, siempre en ella surgía el análisis y el desgloce de lo que sucediera a su alrededor, incluso, en las más desprevenidas reuniones con amigos o familiares, la antropóloga estaba lista, siempre observando, para captar y deducir sutilezas que le hablaban de la familia. Por esta

Estudio de Virginia y Roberto



razón nadie que la conociera se escapaba de una pequeña entrevista, matizada con su ternura e inteligencia. Ella, la antropóloga, con aguda habilidad extraía información sobre su historia familiar para incorporarla en su haber de información, con la esperanza de poder atar cabos en un futuro sobre nuevas formas de familia. Y lo lograba. Virginia seguía trascendiendo lo alcanzado en sus estudios previos y con maestría ilustraba en conferencias a psicólogos, médicos, sociólogos, antropólogos y servidores públicos sobre las nuevas formas de familia que se configuran en una sociedad que pone metas exigentes y abre a hombres y mujeres nuevos contextos. En estos nuevos recorridos, en la búsqueda de esas nuevas metas, se crean nuevas formas familiares: el madresolterismo, que en algunos casos produce el padrastrismo, la separación y la repitencia nupcial, la unión libre, el concubinato, el amantazgo, parejas que comparten todo, menos la unidad residencial, hogares homosexuales y otras tantas; Virginia ya las había identificado, formas familiares hijas de la modernidad y de la consolidación de la vida urbana que estaban a la vuelta de la esquina para ser estudiadas.



Virginia y José Francisco Socarrás, 1963

Virginia en *Virginia Comt.*,
en Virginia St. Bekeley, 1963



Doña Virginia nunca sintió haber culminado su tarea, constantemente repetía que había demasiadas cosas por estudiar y muy poco tiempo como para desperdiciarlo, *la ciencia es ante todo interrogantes, y tengo muchos por descifrar*, afirmaba la antropóloga; y así lo hizo, se preguntó y trabajó sin descanso hasta el último día en el que pasaría a la historia de nuestro país como la *mujer* que arrancara los velos culturales que cubrían la familia en Colombia, para entenderla en su actualidad y para develar nuestros más íntimos orígenes poco más de 500 años atrás.

Con la plenitud de haber vivido intensamente su existencia y de entregar a ésta y a quienes la rodearon la cosecha de su sentir y de su profunda reflexión, Virginia cerró sus ojos en una aún oscura madrugada del mes de septiembre de 1999

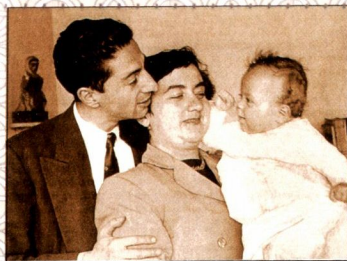
Su estudio sobre la familia en Colombia fue simultáneamente una reflexión del papel de la mujer en la sociedad



Su trabajo, la más valiosa herencia que doña Virginia Gutiérrez de Pineda nos legó, es una invaluable invitación a seguir estudiando la parte más esencial de nuestra sociedad, la que nos marca como individuos, como personas: la familia, sensible a cualquier sutil movimiento de la sociedad, pero tan fuerte al mismo tiempo, que es capaz de transformarla. Es un llamado a ampliar y complementar los complejos culturales por ella planteados, a replantearlos o contradecirlos a la luz de los nuevos contextos sociales que se viven en Colombia, como por ejemplo la migración a causa de la violencia, sus efectos dramáticos en el núcleo familiar, en los roles de los padres, de los hijos.

Mezclada entre sus notas, escrita a mano años atrás, reposa en su estudio una profunda alegoría de la mujer moderna, un corto pero intenso homenaje de una mujer estudiosa de su género, estudiosa de la mujer colombiana, la parte más esencial de la familia:

En la parte superior: Virginia y Roberto junto a su hijo José Fernando. A la derecha: Virginia en su madurez. A la izquierda: Rostros de mujeres colombianas de principios del siglo XX



La mujer moderna

Tal mujer acaba de escapar de su campana de cristal, para lanzarse activamente al espacio social. Su hazaña no es un cambio, es una revolución. Para situarse, conjuntamente con un hombre sorprendido de su audacia, configura un perfil de mil caras, esculpido contradictoriamente por los violentos cambios de la modernidad o posmodernidad. Hecha de claros y de sombras es una imagen transeúnte entre la provincia colonial y la urbe, acicatada por la tecnología, la ciencia y la aglomeración. Cada imagen femenina es una colcha de retazos donde conviven vestigios del ayer y un presente hacia el futuro. Comienza por desprenderse de los cerrojos de la tradición y lanzarse al goce de la libertad. Quiebra las limitantes para viajar en ella, o se azora de su audacia y retorna a la esclavitud.

Navegante de dos aguas ante las nuevas alternativas del sexo, algunas no quieren entregarse ni ser cautivas, mientras hay quienes añoran una relación de pareja con un compañero protector, o existen las que la imponen equiparadamente. Contrae matrimonio sacramental o se compromete en complejas relaciones de pareja sin que acate norma alguna. Con desparpajo, encadena repitencias nupciales o permanece fiel a sus votos iniciales cuando se desgarran sus ataduras afectivas. No hay mujer moderna que no haya transitado por esta calle de la amargura, o la haya hecho padecer. Muy joven, confiesa no ser virgen, se entrega cuando quiere o solicita sexo a ratos. Defiende felinamente su pareja o seduce maridos cuasiabuelos suyos. Comenta sus intimidades y muestra su cuerpo. Se niega cada vez más a comprometer su vida en torno de un hombre. No es múltipara, pero en el abandono es capaz de ser orgullosamente madre-padre y ostenta su maternidad en la soltería. La mujer moderna aglomera statuses y roles. Arrastra los antiguos y se acomoda en los nuevos. Está pendiente de las tareas de sus hijos mientras revisa proyectos urbanos; o al salir del quirófano donde realiza tareas de alta cirugía, o al abandonar el comité ejecutivo,

recoge de paso al infante de la guardería, compra en el supermercado comidas para calentar, asiste a la junta de padres de familia y lleva ropa a la lavandería. Un marido tradicional la espera para que lo atienda y haga del hogar su oasis, o la acoge otra estampa que ya tiene la mesa puesta y el bebé en la cuna. La vida moderna la obliga a medirse equiparadamente con el hombre en el todo social. Discute con él de igual a igual en las juntas de gobierno, lo mismo que en los foros, donde hace oír su voz, y ya no se quiebra ante la diatriba. Sabe manejar el poder y le gusta su encanto. No tiene miedo de nada ni de nadie, haciéndole perder su rol protector al sexo fuerte. Maneja máquinas pesadas y arrulla niños. Especula en la bolsa, crea empresas, practica aeróbicos, tiende camas, se desvarea en las carreteras, prepara loncheras y concurre a los salones de belleza. Entra al ejército, dirige financieras, penetra en las mafias y las guerrillas y todavía es esposa de Cristo. Entre la muchedumbre del trabajo y el ejercicio profesional, algunas añoran el crochet, el estar esperando cada tarde al marido ejecutivo con la cena lista y los labios pintados de rojo, agentes del consumo, vitrina del éxito marital.

Otras mujeres piensan que esta estampa es una blasfemia. Con sus colegas, discuten las leyes del azar de Pierce, los laberintos del código genético, la etología y la estructura familiar, las repercusiones de la clonación; mientras otra muchachada femenina de camiseta y bluejean unisexo, de lenguaje escatológico, se mimetiza en las aulas con sus compañeros de aretes, tatuaje estratégico y cabellos de virgen campesina.

En este turbión de antagonismos y de selección libre de caminos hay personalidades que no pierden su norte ante los horizontes abiertos. No son figurín de última moda, ni tienen psicología de solterona amargada. A pesar de que gozan a plenitud la vida y su calidad de mujer, ni se dislocan, ni se autodestruyen.

Virginia Gutiérrez de Pineda, 1998

Colección Juvenil Colciencias

Jairo Aníbal Niño
El Inventor de Lunas

Celso Román
Claude Véricel. El amigo de los animales

Gonzalo España
Humboldt. El muchacho de la Cruz del Sur

Pilar Lozano
Francisco Javier Cisneros. El que comunicó con rieles las comarcas

Gonzalo España
José Celestino Mutis. El sabio de la Vacuna

Beatriz Caballero
Codazzi. El siete leguas

Pilar Lozano
José María Villa. El violinista de los puentes colgantes

Germán Espinosa
Lino de Pombo. El sabio de las siete esferas

Yolanda Reyes
Manuel Ancízar. Una peregrinación por los caminos de la memoria

Irene Vasco
Alejandro López. A la medida de lo imposible

Gonzalo España
Jean Baptiste Boussingault. El padre de la agricultura moderna

Celso Román
Ezequiel Uricoechea. El niño que quería saberlo todo

Gonzalo España
Pierre Bouguer. El maestro del sabio

Sandro Romero Rey
Julio Garavito. De Colombia a la Luna

Antonio Orlando Rodríguez
Paul Rivet. Estudioso del hombre americano

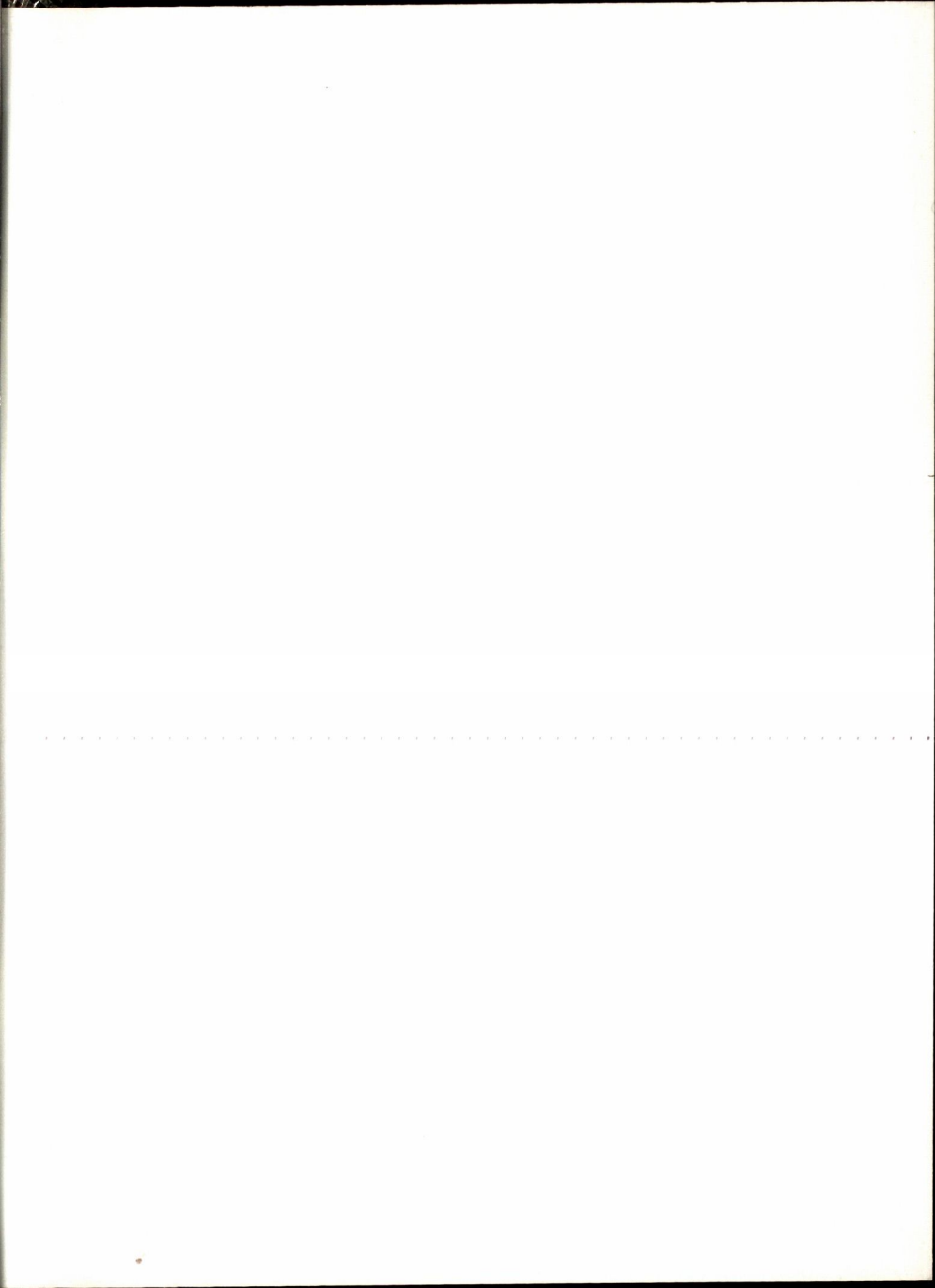
Germán Espinosa
Federico Lleras Acosta. La guerra contra lo invisible

Santiago Díaz Piedrahíta
José Jerónimo Triana. El caballero de las flores

Pilar Lozano
Manuel Uribe Ángel. El médico y geógrafo que amó a su país

Yolanda Reyes
Mauricio Obregón. Navegante de mar y cielo

Carlos Andrés Barragán
Virginia Gutiérrez de Pineda. Observadora silenciosa, maestra apasionada





A

Carlos A. ... nació en Bogotá el 14 de junio de 1978

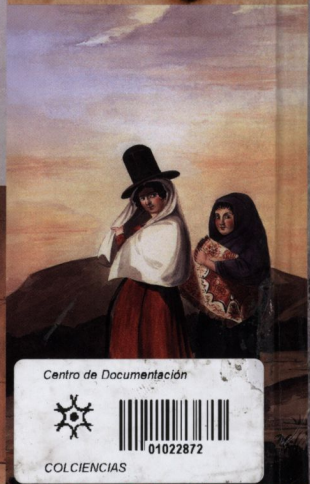
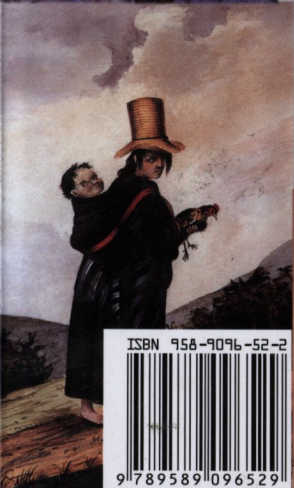
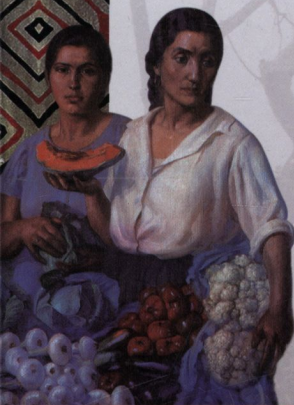
Antropólogo egresado de la Universidad de los Andes, en Bogotá.

Actualmente realiza una investigación sobre la historia de la antropología y la arqueología en el contexto colombiano, con el apoyo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

El autor conoce a Virginia y Roberto y entabla una sincera amistad con la pareja de antropólogos, a partir de su trabajo editorial para la publicación de una de sus obras maestras *Miscegenación y cultura en Colombia (1750-1810)*

Virginia hija, esposa, madre y abuela son una y la misma antropóloga perteneciente al grupo de pioneros formados inicialmente en la escuela del americanista Paul Rivet.

Sus agudas y profundas reflexiones sobre la familia en Colombia, la convierten en una de las personalidades más sobresalientes de las ciencias sociales durante el siglo XX en Colombia.



ISBN 958-9096-52-2



9 789589 096529

Centro de Documentación



01022872

COLCIENCIAS